

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	46
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirijirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion.	24 reales.
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

EL CAMPO DE BATALLA.

I.

En Búrgos.

—¡Mis armas!
—Aquí están el bonete de S. I. y el hisopo.
—¡Mi caballo!
—Aquí tiene S. I. al padre Casares.
—¡Mi ejército!
—Está tendido...
—¿En batalla?
—No, en la cama... Aun no se ha levantado. Lo componen tres canónigos, ocho sacristanes y diez y seis monagos.
—¡Venga mi ayudante de órdenes!
—Ahí espera el azota-perros de la catedral.
—Hagamos la señal de la cruz, y á ellos. ¡Muera la humanidad y viva la religion!
Coro de monagos.—¡Viva la Pepa!

II.

En Tarazona.

—¿Qué hora es?
—Las siete acaban de dar.
—Que me traigan el chocolate con leche. ¡Maldita sea la revolucion! ¿Está cargado el trabuco?
—Aquí lo tiene S. I.
—¿Qué hora es?
—Las ocho.
—Que me traigan el almuerzo. ¡Maldito sea el liberalismo!
—Amen.
—¿Qué hora es?
—Las once.
—Pues que me traigan esa hora, esto es, las once. Maldito sea el progreso.
—¿Qué hora es?
—Las doce acaban de dar.
—Que me traigan la comida. ¡Maldita sea la civilizacion moderna!
—Amen.
—¿Qué hora es?
—La una.
—Voy á dormir la siesta. Malditos sean los liberales, y el ministro de la Gobernacion, y los maniqueos, y los racionalistas, y el lujo, y las mujeres, y las zarzuelas, y el GIL BLAS, y las universidades!
—Amen.
—¿Qué hora es?
—Las cuatro.
—He tenido un sueño... ¡maldito sea el sueño! Que me pongan el coche... Voy á dar un paseo. ¡Maldito sea el paseo!
—Amen.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—Vamos á merendar. ¡Maldito sea el parlamentarismo!

—Amen.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—La oracion: vamos á rezar... ¡Maldita sea la libertad!

—Amen.

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—Que me traigan la cena. ¡Maldito sea Napoleon y todos los que han reconocido á Italia!

—Amen.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Que me traigan la *sosiega*, y me acostaré! ¡Maldita sea España! ¡Viva Roma! ¡Viva el rey de Roma! ¡Malditos sean los españoles!

III.

En la Granja.

—(Restregándose las manos.) ¡Carape! La cosa marcha.
—No lo sabe Vd. bien.
—Ha protestado ya el de Búrgos, ¿eh?
—Como un caballero.
—¿Y el de Tarazona?
—Como un valiente.
—¡Carape! Eso me gusta. ¿Y los demás?
—Todos se preparan como corderitos á la voz de Nosedal.
—Eso me gusta, ¡carape! Que no quede un liberal vivo, ¿oyes? Ni uno, ¡carape!
—Si Vd. desnudara la espada...
—¿Yo? ¡carape! Una vez la desnudé por ciertos celos, y por poco me pincho, ¡carape!

IV.

En los Pirineos.

—¿Quién vive?
—Jesuitas. Venimos echados de todas partes. Nos han dicho que España va á ser el campo de batalla...
—Aquí hay palacios para todos los reaccionarios. Pasen Vds.
—En el nombre del padre y del hijo...

V.

En un coche del ferro carril.

—¿Estamos todos?
—Todos, mi general.
—Mañana se da la batalla. Vuelva Vd. á leerme el parte del campo enemigo.
—Oiga Vd.: Cuestion de Italia, bien; cuestion del ayo, sordera estudiada.

—¡Sordera! Al fin y á la postre nos oirán los sordos.

—A mí no me llega la camisa al cuerpo.
—Yo si tuviera aquí un pastel, me lo comia.
—Este hombre siempre pensando en los pasteles.
—A nadie amarga un dulce.
—Si estuviéramos bien con la monja... Esa sí que sabe hacer un tocino de cielo que tira á un hombre de espaldas.

—Ha parado el coche.
—Llegamos ya. Apéese Vd., general.
—Espere Vd., voy á salir por la trasera.
—¿Por la trasera? ¡Escamati!
—No ande Vd. ahora con latines, que huelen á sotana.

—¡Chis! Que nos oyen.
—Silencio y adelante. La ocasion es calva.
—Tiene pelos, digo yo.
—Todos.—¡A ella!

VI.

En Madrid.

El final de este artículo lo escribirá el telégrafo.
Luis Rivera.

ESPOSICION

que dirige un maestro de primeras letras, á la mamá de un discípulo suyo.

El que suscribe, profesor de letra menuda, sacristan mayor de la iglesia del pueblo, auxiliar de veterinario y pez muy largo, ha sabido con muchísimo disgusto, señora de mis entrañas, que su merced, olvidando por completo sus deberes de mujer cabal, se ha metido en política y opina del mismísimo modo que el mas malo de los hombres de este país, de este paisaje, y de este paisanaje. Comprendo que alguna *malquerencia* disfrazada de amistad y algun caballerete de esos que, segun malas lenguas, hácenle á su merced la rueda, me la haya puesto en danza para que haga un esceso; pero á tiempo estamos de remediarlo, y aquí estoy yo porque he venido;—que lo que es eso de hacer su gustazo sin contar conmigo, no cuela: *nequaquam*, como dijo el profano. Ha de saber, señora mia, que el reino de Italia es como el demonio, que no se le puede reconocer sin estar por él poseida la persona que le reconozca; y cuando yo lo digo estudiado lo tendré, que á mí no hay quien me la pegue. Y en cogiendo yo la pluma tiembla la caridad, y aun el Diccionario á veces; porque á mí... de *acatus*; quiero decir, en escribiendo yo, enmudece el orbe. Y vamos al grano.

Su merced ha creído que no hay mas que decir: «pues señor, el reino de Italia me gusta, y voy á re-

conocer á Victor Manuel. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! y qué falta hace á su merced un poquito de pirotécnia y de cirugía menor, para ser mas lógico y extrafina!

¿Quién es su merced para mezclarse en esos trotes? Métase en su casa y cuide de la labor y demás ínfimos ministerios, y no busque su perdición haciendo esas cosazas feas. Porque yo no encuentro nada de particular en que su merced tenga trato con el organista y el sochantre, y esté reñida con el marido y aun le pegue y le muerda para que se calle, y haga otras gracias que al fin y al cabo no son mas que pecadillos veniales; pero salir ahora con eso de reconocer al rey bigotudo, ¡miren qué gracia! ¡Le juro que hay motivo para aborrecer de muerte á los macarrones!

Y no ha de ser, no señora, ó primero ha de fumar en pipa el padre Sanchez.

¿Ignora, por acaso, su merced, que el que reconoce el reino de Italia, está poseído del enemigo? Pues si señora; su merced debe tener ya los enemigos en la alcoba; y si no los tiene en la alcoba, de seguro los tiene en la calle.

¡Cuidadito con lo que se hace! Yo por mi parte, como maestro del chico, me planto. ¿Pues y el chico? Vamos á ver, ¿qué ha de decir el chico? ¿Cómo le han de salir los dientes? Imposible, señora, imposible. La moral y la física recreativa, se oponen á esas libertades que su merced se toma. Y yo le probaré con la autoridad de Catalina y de Martin Lutero, que una vez reconocido el reino de Italia, se ha perdido la cosecha de los melones. Ahí está el Sr. Aparisi que lo sabe de memoria.

Además, esto que yo digo, lo van á decir dentro de poco todos los sacristanes del mundo, y de otras provincias. Se publicarán romances que se venderán á dos cuartos, como *La Correspondencia*, y empezarán con aquello de

Madres las que teneis hijos.

Y además se denunciarán los albuns de poesías en el altar mayor como las novelas de los autores liberales, y en cuanto á la buena voluntad que teníamos á su merced todos los del pueblo, ¡se acabó! Como si no nos hubiéramos conocido. Bonito *belen* se va á armar. La sangre ha de llegar al río.

Esto se lo digo á su merced llevado del muchísimo *aquel* que la tengo. Por lo demás, sepa que la quiero hasta la pared de enfrente, que á cualquier hora estoy dispuesto á comer con ella un gazpacho que llame á Dios de tú, que soy suyo, mientras me pague mis honorarios; y que siempre tengo yo un durito en el bolsillo... ¿estamos?

Sin mas por hoy, un besito á Paquita, á quien adoro como un energúmeno. Un abrazo á Serafin que vale muchas pesetas. Otro á la Sempronía, y que se cuide, que corren malos aires. Mis recuerdos á la madre priora y un mimito al gato. La besa todo lo besable

Silvestre Cardenal.

La anterior carta me la encontré en la calle; le suprimí muchos párrafos que habia en ella escritos en latin del mas enrevesado, y tengo el honor de ofrecérsela á Vds. para que juzguen de ciertos maestros. La carta no es política, pero por lo mismo que es *impolítica* me ocurrió publicarla. Yo me entiendo.

Eusebio Blasco.

LOS NUEVOS CRUZADOS.

Clarines se oyen de guerra
en el campamento neo,
que empieza cerca de Mula
y acaba en Navalcarnero.
Al aire tendidos flotan
pendones blancos y negros,
y moradas enaguillas
que están apestando á incienso.
Al grito de ¡viva España!
responde el *Domínus tecum*,
y las músicas sonoras
preludian de tiempo en tiempo,

ya el oficio de difuntos,
ya el tango de *Los Dos ciegos*.
Mezcladas allí se miran
las edades y los sexos,
y hay mas de una monja alférez
y un sacristan matutero.
Mandando cien monaguillos
está Villoslada el feo,
que lleva en vez de tizona
un cirio de mas de un metro,
y un ros de papel de estraza
con una pluma de cuervo.
Dando lecciones de esgrima
á los exclaustrados viejos,
se vé á Gabino Tejado
ginete sobre un jumento,
en cuya jalma se sácian
los apetitos del dueño.
La moza de la cantina
es una gorda, sin pelo,
que comercia en aguardiente,
cansada ya de beberlo,
y tiene afición de antiguo
á la clase de sargentos.
Todo es bulla y algazara,
todo es entusiasmo y miedo,
Sanchez arenga en gitano,
Catalina habla en hebreo,
Nocedal pide ceniza,
el Padre Casares, fuego;
la cantinera, soldados;
y muchos curas, dinero.
Súbito de entre las filas
sale un personaje nuevo,
y tras de imponer á todos
con voz de tiple silencio,
este discurso pronuncia,
fija la vista en el cielo.
«Soldados; llegó la hora
de que se realice aquello,
lo que todos deseamos,
lo que yo con ansia espero.
La lucha será terrible,
pero sois muchos y buenos,
y además, yo no soy rana,
y si me aprietan, peleo.
Antes de usar de la fuerza
haga la astucia su efecto,
que para llegar al fin
no se repara en los medios.
La calumnia y la amenaza
id sembrando por los pueblos,
anatema á los ilusos
que defienden el progreso,
y venturas celestiales
á nosotros y á los nuestros.
Y si es preciso á los malos
exterminar con el hierro,
nada de combate noble,
puñal en mano, y á ellos.»
Sonó un prolongado ¡viva!
en la hueste de los neos,
abrazó la cantinera
á todos los que quisieron,
dió Nocedal cuatro brincos,
Catalina echó seis ternos,
persignáronse con rabia
cinco ó seis de los mas legos,
y al compás de la *pítita*
fueron á tomar el pienso,
hacia Fortuna los mas,
y hacia Cadalso los menos.

Esta será la cruzada
que en su locura han dispuesto
el mozo de voz de tiple,
la monja de pelo en pecho,
y cuantos piensan que España
está al nivel de Marruecos.

Manuel del Palacio.

LAS SOMBRAS.

Disparate es todo sueño, y aun por eso se suele llamar sueños á los disparatados pensamientos; mas una cosa he soñado yo que solo es disparate por ser yo quien la soñaba, pues otra persona pudiera soñarla y entonces la cosa por sí misma habria sido cierta.

Dispertéme y todo se me iba en discurrir si soñando me habia yo metido en lo que no me importaba, ó si el sueño se habia metido donde no debia, y enojéme de veras considerando que no sabia si echarme la culpa á mí ó al sueño, siendo cosa tan fácil echar culpa.

Con lo cual me dí á entender que aun estaba algo soñoliento, y esperezándome sacudí la modorra acto continuo, que ojalá me fuera tan fácil sacudirme de malos ministros.

En cuanto me hube serenado, comprendí que yo estaba inocente y que no estaba en mi mano que se me entrara un sueño por las puertas del dormir, así como considero libres de toda culpa al tenor Sanz por haberle caído la lotería, y al barítono Obregon por haberle caído que hacer, y al bajito Narvaez por haberle caído todo.

Mi sueño fué cosa que, como dicen las mujeres, podría hacerse con él una comedia.

Ahora es y todavía me parece ver á un sugeto corto de génio, largo de valor, con cara de bonachon, y cuello de ahorcado, que con un dogal de veras en una mano y una Constitución de broma en la otra, me estaba haciendo señas y gestos.

—¿Es á mí? le pregunté yo con aquella buena fé que ya solo se usa en los sueños.

El quiso decirme que sí ó que no con la cabeza, mas no pudo: porque tenia las vértebras echadas á perder desde hacia tiempo y parecia perinola ó peonza en el moverse y rodar sin direccion voluntaria.

—¿Quién eres? le pregunté.

Miróme él como resentido de que yo no le conociera, y yo, malicioso de mí, le comencé á tomar por cadáver presuntuoso. Al fin con un esfuerzo y mas bien con soplo que con voz me dijo:

—¡Soy el de las cabezas!

Yo, viendo que quien tal nombre se daba tenia una sola cabeza, aun tal que ni para ahorcarle podia servir, pues tenia ya quebrantado todo cuanto pudiera quebrantarle el mas esperto verdugo, dije para mí:

—Este es algun francés parlanchin que se finge muerto y quiere ganar dinero atribuyéndose una pluralidad de cabezas con que acaso embauque al vulgo por medio de cristales combinados. En este concepto le miré á la mezquina y única cara que tenia, dándole á conocer con mi sorna que se las habia con un español muy vivaracho y despavilado.

El entonces, con una dignidad muy natural, se irguió en mi presencia, y con ademán severo, que nada quitaba á lo benévolo é inocente de su catadura, me dijo breve y seco:

—Riego soy.

Oílo y quedéme al pronto corrido. Ni aun en sueños dejó de pesarme el equivocado concepto que con desprecio de hombre tan bueno habia yo formado.

Mostróme el dogal poniéndolo casi tocando á los ojos, y yo soñé que me hacia atrás y que al mismo tiempo él se iba echando mas adelante, lo cual me produjo una fuerte congoja, que era real y positiva, siendo sueño y cosa vana lo que la motivaba.

Recobréme con un grande esfuerzo, y le dije:

—Eres un mártir de la libertad, tu memoria es para mí sagrada; pero así como te equivocaste muchas veces en vida, creo que aun te equivocas en muerte. Mira que yo no te mandé ahorcar: quizás hayas venido á mí tomándome por otro: narigudo soy, pero no tanto para que se me confunda con...

La sombra me miró con ira, se puso la mano en el corazon, me sacudió asiéndome del hombro y tiró á mis pies el libro de la Constitución.

Yo quedé asombrado con aquello y con verle que se puso el dogal en su sitio y se marchó despues de volverse á mirarme con lástima; pero mi asombro creció al ver que se dirigia á mí una porcion, mejor diré, millares de hombres literalmente sin pies ni cabeza muchos, sin brazos ó piernas otros, llenos de balazos en el pecho, en la frente, en fin, mutilados todos tan horriblemente que me causaron gran terror; en prue-



UN MATRIMONIO NEO.

La mujer—Dicen que si reconocemos el reino de Italia, nos vamos á condenar.

El marido.—Hija mia, la que, como tú, ha escrito estas carlas; ya está condenada!

ba de lo cual no me hizo reir ninguno á pesar de ir todos vestidos con el enorme morrion y el plumero y las charreteras y el correa y las casacas del año veinte.

Todos iban pasando y abofeteándome con ejemplares de libro de la Constitucion que parece imposible que teniendo tan fuertes las cubiertas durasen tan poco.

Doliame todo el cuerpo, no sabia á qué lado volverme y aun en sueños me parecia sueño todo aquello, y esperaba anhelante que como sueño se dispase, cuando todos los liberales muertos violentamente desde 1833 acá, salieron revueltos sin orden ni simetría alguna á abofetearme con diversas Constituciones, horrorizándome y magullándome á un tiempo con sus golpes y sus heridas.

—¡Sevilla! Rmales! Bilbao! Gandesa! Loja! Baracaldo! toda la geografía española vociferaba aquella gente, siendo de advertir que me hablaban con la boca, como es debido, pero otros en gran número gritaban por el corazon, por el hombre, por el cuello: en fin que se servian de sus llagas y heridas para denostarme; pues cada una de sus voces era una inculpacion que con enojo me lanzaban.

Yo no me despesté, pero, ¡cosa rara! soñé que soñaba aquello, y con la misma formalidad con que hablan las oposiciones á los ministros, comencé á gritar diciendo:

—Señor sueño: Vd. se ha equivocado. No soy yo quien debo soñarle á Vd. Yo no tengo nada que ver con ese destrozo y esa carnicería que Vd. me representa.

—Yo no soy la libertad, ni ninguna institucion, ni siquiera elector. Si Vd. quiere que le tenga por sueño discreto y de arraigo, vaya donde es su deber, donde conmueva ó sirva de aviso ó levante remordimientos; que yo al despertarme no sacaré nada de haberlo tenido esta noche.

Respiré, y me proponia esperar el efecto que en el sueño habian producido mis palabras y no moverme en la cama para esperar á gusto; pero en vez, de ver lo que hacia el sueño, ví que el sol penetraba en mi cuarto y que ya habian traído los periódicos

Temia estar aun soñando: cojí *La Epoca* y leí el comienzo de un artículo sobre las hondas raices que tiene en Rmales y en Bilbao y en Gandesa y en Sevilla y en Baracaldo y en Loja la dinastía, y como

aun con eso no tenia bastante seguridad de que no siguiese soñando, me senté á escribir estas líneas para convencerme que estaba despierto, y en verdad que no quedaré convencido hasta que lo vea impreso, pues aun ahora dudo de si lo he escrito ó lo he soñado.

Roberto Robert.

CABOS SUELTOS.

El obispo de Tarazona asegura que él no quiere servir al ojo.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
¡Ojo á Cosme, que es de Tarazona!

Dice dicho señor que los españoles han leído las palabras de Fosada Herrera con impresion dolorosa. Declaro que no soy español.
¡Digo! Declaro que el arzobispo es polaco.

Añade el respetable joven que el reino de Italia es un reino *derecho*.
Esto me recuerda aquella redondilla de las cajas de fósforos:

Rápido, sutil, ligero,
derecho, fugitivo, leve,
soy del siglo diez y nueve
el retrato verdadero.

Y continúa el apreciable espositor citando proverbios: *El que tira una piedra á lo alto, sobre su cabeza caerá; y el que cava en hoyo, caerá en él.*

¿No sería mejor que en lugar de escribir protestas se entretuviera su merced en tirar piedrecitas al alto y cavar un hoyo para enterrarnos á todos?

Por último, el obispo dice que él es español puro y sin aditamento.
¡Cuerno! ¡Sin aditamento! ¡Me escamo!

El reino de Italia está todo *pavimentado de piedras*,—continúa el obispito.
¡Hombre, qué bueno para una barricada!

Mas adelante dice á la reina que un *no* en su boca será panal de miel, (¡ay qué rico!) será sanidad para sus huesos, (¿los tiene careados?) será vida para su alma, será la posesion de la ciencia y de la justicia, (poseer es) será la esperanza de inefables delicias, (¡Vamos que me derrito!) será la eternidad de la gloria. (San Pedro, abra Vd. la puerta, que lo manda el señor Cosme.)

Todo esto, segun el Sr. Cosme, será un *no* en boca de la reina.
Todo esto... y algunos tiros.

Pero acabemos por el principio.
Ahí pican, en los principios.
Principia, pues, la chistosa protesta del obispito asegurando que leyó con *gran escándalo* y *santa indignacion* el discurso del Sr. Posada Herrera.
GIL BLAS no creia que este obispo fuese tan escandaloso.
¡Digo! si hasta cuando lee escandaliza, ¿qué será cuando ronque?
De seguro alborota la casa.

Meditemos.
Si el obispo de Tarazona lee con *escándalo*, tambien lee con *santa indignacion*.
Basta que él lo diga.
Por mi parte, puedo afirmar que nunca he visto el escándalo tan cerca de la santidad.
Son dos amigos que se abrazan.
Y no soltarán á dos tirones.

Sigue *La Esperanza* dándonos detalles de los hijos de D. Juan de Borbon, que se hallan en Venecia.
Entre las varias fotografías que se les han hecho, hay una en que figuran en cuadro con su madre ó su augusta abuela.
Ya sabia yo que la familia habia quedado en cuadro.

Piden algunos periódicos que se forme causa al obispo de Tarazona.

¡Por Dios, dejadle que escriba!
¿No veis con qué admirable inocencia se desboca?

Se dice que D. Basilio Sebastian Castellanos va á hacer una edicion de sus poesías, dedicada á su amo y protector el infante D. Sebastian.

¿Por qué al arte de Virgilio tan infamemente tratas?
¿por qué tanto disparatas,
Don Basilio?

Profana en tu ciego afan
la historia y la arqueología;
pero deja la poesía,
Sebastian.

Víctimas entre tus manos
el gusto y la lengua fueron,
por parodia te pusieron
Castellanos.

Entre los seres humanos
ninguno tan necio ví,
como el Sr. Don Basilio Sebastian Castellanos.
Y sin embargo, es director de la escuela normal central.
Mejor estaría como alumno.

Varios aficionados al toreo preparan una corrida en los Campos Elíseos, en que se lidiarán algunos bichos de Búrgos y de Tarazona.
Se espera que Don Leopoldo dará el quiebro.

Dícese que si se lleva adelante el reconocimiento del reino de Italia, muchos curas piensan negarse á decir misa.

¡Hombre! ¿qué me cuenta Vd? ¿Ni aun siquiera por el dinero?

Un aguador se ha quejado en una carta á *La Iberia* de haber sido maltratado por varios civiles.
Quizás habrán cobrado horror al agua desde la noche de San Daniel.

En la Granja se cree que el tenor Tamberlick irá por allí á hacer escuchar su *dó* de pecho.

El Sr. Nosedal ha salido hace poco para los baños de Ontaneda.
Damos el pésame á las aguas.

Una persona respetable, al parecer, se presentó dias atrás en una casa solicitando colocacion.
—Vamos, ¿qué quiere Vd. ser? le preguntó el amo de la casa.
—Señor, yo desearia ser algo como *ayo*.
—Bien; le haremos á Vd. lo que mas se parezca á eso. Al dia siguiente le ofrecieron una plaza de *lacayo*.

Un periódico anuncia la llegada á Zaragoza de Sor Patrocinio, acompañada del padre Cirilo y otros personajes.
De seguro que si esto es verdad, habrá encarecido el bacalao.

Otro periódico, hablando del mismo asunto, dice que no se sabe dónde para Sor Patrocinio.
¿Y qué importa? Al fin y al cabo Sor Patrocinio parará donde pare.

CANTARES.

Las piedras que vas pisando
cuando pasas por la calle,
se van á alzar contra tí
sin que se lo diga nadie.

Eres una y eres dos,
eres tres y eres cuarenta,
eres la union liberal
donde todo el mundo entra.

«Cuando del retroceso
voy por la vía,
se me hace cuesta abajo
la cuesta arriba.
Y cuando avanzo,
se me hace cuesta arriba
la cuesta abajo.»

Ayer me digiste que hoy,
y hoy me dirás que mañana,
y mañana llorarás
haber sido tan beata.

En el árbol de tu vida
las libertades cantaron,
tiró Paquita una piedra
y ¡ay de tí! todas volaron.

¿Han visto sus mercedes la reverente carta del cardenal arzobispo de Búrgos?

A mí lo que mas me gusta es el finalito.

Se parece al de una carta que me escribió un amigo, en la cual me decia: «Si no haces lo que en esta te digo, te voy á romper un alon; y con esto me despido, dándote espresiones para Paquita, Sinforoso, Agamenon y Agamenoncito el pequeño.»

Francamente; la esposicion de su eminencia me ha parecido igual á la esposicion de juguetes de la calle del Cármen.
Y me ha divertido.

Hay un niño en España, del cual se puede decir:
Su madre, pobre infeliz,
tuvo un grano en la nariz.

¿Un grano he dicho? Dispensen Vds.; he querido decir un cardenal.

El otro dia me aseguraba un amigo, que la presencia de Corona en el Congreso hacia temblar á los bancos.

Reflexionando sobre esta frase, he llegado á averiguar que los *bancos* no son mas que unas sociedades de crédito.

Gonzalez Brabo está en Pamplona.
Ahora creo de todas veras lo que estos dias no creia, es á saber, que en Pamplona ha habido un caso de cólera.

Hablaba Catalina (Don Severo)
ante el Congreso entero.
Mu... chas cosas decia,
y el Congreso con calma las oia.
Tres neos que escuchaban el relato
estaban como tres en un zapato.

Resúmen: un *canard*; cien disparates.

Ensalada de pollo con tomates.

GILBLASIANA.

Ya sé que te diviertes, y paseas;
y al ver que así me olvidas, me confundo.
Dice el mundo (oficial).—¡Bendita seas!
¡Qué cosas tiene el mundo!

El GIL BLAS de hoy ha sido denunciado por dos sueltos que nos hemos visto obligados á retirar.

GALERIA DE CONTEMPORANEOS.

Número 19.

Ese que veis de rostro amondongado,
alto de pechos, que parece un oso,
es un neo iracundo y ambicioso
que hace á la libertad desaguisado.

A la mujer un libro ha dedicado,
como su autor, pueril y pretencioso,
y adulando servil al poderoso
logra vivir tranquilo y regalado.

Cuando sale á la calle ó al paseo
caterva de monagos le acompaña;
yo tapo la nariz cuando le veo.

Asustada de verle está la España,
y es el tal energúmeno tan feo
que le han de dar la unción con una caña.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.